

que de Alba a dominar la revuelta; en vano este procónsul de hierro, tomando el gobierno de las delicadas manos de doña Margarita de Parma, trató con severidad, a veces excesiva, a los flamencos; en vano, hollando la santa fe de los pactos, envió al cadalso al conde de Egmont, y a Horn, e hizo degollar en medio de la plaza de Bruselas a diez y ocho nobles de las principales familias de Flandes; en vano estableció el tribunal vulgarmente llamado «tribunal de la sangre», y encerró, proscribió, acuchilló y venció en grandes batallas, aplastando a la rebeldía y poniendo en fuga a Orange, Nassau, los protestantes de Alemania y los hugonotes de Francia; no bien se creía apaciguado Flandes, una mano oculta removía las cenizas, y se alzaba de nuevo la llama, de la que era combustible el oro inglés.

Aparte del interés de proteger a gentes de su misma religión, movían a la reina Isabel a fomentar los disturbios de Flandes consideraciones de orden político que no se escapaban a su clara inteligencia. Isabel había comprendido que la rival de Inglaterra no era ya Francia, desangrada por una larga y sangrienta guerra civil, sino España, que era entonces sin disputa la primera potencia europea. Resolvió, pues, debilitar a este coloso, socavar su posición en el continente y derribarlo de su pedestal, para echar sobre sus restos los fundamentos de la futura grandeza del Imperio británico. La empresa, por lo gigantesca, era temeraria, porque España era una nación muy poderosa y regía sus destinos un príncipe muy perspicaz y laborioso que, medio sepultado en su sillón de cuero del Escorial, seguía con la vista todos los movimientos de la política de Europa y tenía en las manos las riendas de cien pueblos; pero favorecía la posición insular

de Inglaterra, que la ponía a salvo de un ataque por tierra, y le permitía, en cambio, operar con rapidez y eficacia sobre el continente. De ahí por qué esta nación ha procurado siempre dominar los mares, dedicando todos sus esfuerzos a la construcción de escuadras potentísimas, y se ha ocupado poco de su seguridad en tierra. Isabel se trazó un plan para abatir a España, y lo desarrolló metódicamente; y aunque no lo vió realizado, sus sucesores en el trono de Inglaterra continuaron ejecutándolo con esa implacable tenacidad que caracteriza a los políticos ingleses, que no varían un punto en sus propósitos y siguen invariablemente la línea de conducta trazada por sus antecesores en el gobierno hasta que se alcanza el fin deseado. El plan de Isabel consistía en arrojar a los españoles de Flandes, separar a Portugal de España, y establecer una estrecha alianza con ese reino; interrumpir el comercio de la Metrópoli con sus colonias; saquear y destruir los establecimientos españoles del Nuevo Mundo y arrebatarse a la corona de España, si posible era, sus extensas y ricas posesiones. Para conseguir el primer objeto, ayudó al principio con timidez, y luego sin rebozo, a los insurrectos de Flandes; para alcanzar el segundo, auxilió con buques, hombres y dinero a Antonio, prior de Ocrato, pretendiente al trono de Portugal; y para realizar el tercero, desató sobre las costas de la indefensa América, y aun sobre las de la Península, una nube de corsarios que pillaron, talaron e incendiaron las recién fundadas poblaciones y sus campos de cultivo, robando y asesinando sin piedad a sus habitantes, y que en plena paz apresaron los galeones que llevaban a España el oro de las Indias, conduciéndolos en triunfo a Inglaterra para compartir el botín con sus soberanos.

Puestas las cosas en este terreno, no tuvo reparo Isabel en apoderarse de 400.000 ducados que conducían a Flandes varias naves españolas que entraron en Hampton de arribada forzosa para librarse de los piratas. Enterado de ello el duque de Alba, puso en prisión a los comerciantes ingleses que halló en sus dominios, y les confiscó todos sus bienes; otro tanto hizo la reina con los comerciantes españoles domiciliados en las Islas Británicas, y añadiendo a la injusticia el agravio, puso bajo su custodia al embajador de España. De este modo agrióse la disputa por la codicia y perversidad de Isabel y el carácter violento del duque de Alba. Envióle éste embajadores a la reina; pero viendo que las medidas suaves y conciliadoras no daban mejor resultado, se irritó de tal modo, que prohibió por un edicto el comercio con Inglaterra, trasladándose a Hamburgo y otros puertos todo el tráfico de Flandes, con perjuicio de Inglaterra y poca honra de la nación española. Por esta época excomulgó el pontífice a la reina Isabel, y envió al duque de Alba, como vengador de la fe, el sombrero y la espada bendita (1).

Murió en esto el rey Enrique de Portugal, sin dejar sucesión, y la corona correspondió por derecho de sangre al rey don Felipe; pero la nación portuguesa, a causa de sus antiguas rivalidades con Castilla, opúsose a que el español se sentara en el trono de sus príncipes y revolvió todos los medios imaginables para impedirlo, favoreciendo en cambio las pretensiones de Antonio, prior de Ocrato, que fué proclamado al fin rey por la plebe de Lisboa. Pero los gobernadores, obispos y nobles del reino, alzaron bandera por don Felipe, y un pode-

(1) MIÑANA, lib. VI, cap. IX.

roso ejército español, al mando del duque de Alba, se aproximó a Lisboa, intentó en vano detenerle Antonio, con un ejército indisciplinado, en las márgenes del río Alcántara; mas el de Alba deshizo fácilmente esta turba, y entró en la capital, donde, en nombre de su señor, recibió el juramento de fidelidad de los magistrados. Antonio se refugió en Coímbra, y luego huyó a Aveiro, ocultándose finalmente en Oporto, de donde pasó a Francia.

Las islas Terceras se declararon por Antonio, y marchó a reducir las don Alvaro de Bazán con una armada numerosa. El prior de Ocrato había obtenido socorros de Francia, hallándose esta nación en paz con España, y así don Alvaro, no bien hubo llegado a San Miguel, avistó una armada de sesenta velas que, a las órdenes del Almirante Estrozi, se disponía a embestirle. Trabóse la pelea, y fueron derrotados los parciales de Antonio, que perdieron 2.000 hombres y muchos navíos, salvándose únicamente Brissac con los restos de la armada, que regresó a Francia. Dos años después, otra armada francesa volvió a las Terceras y desembarcó 1.200 hombres para reforzar la guarnición de la mayor de ella, que constaba de 1.000 franceses e ingleses y 3.000 portugueses. Don Alvaro derrotó esta nueva armada, y ocupó las islas, regresando en triunfo a las costas de Andalucía.

La alianza de Portugal con la nación inglesa databa del año 1382, en que el reino lusitano apoyó las pretensiones del duque de Lancaster a la corona de Castilla. Con varia fortuna castellanos y portugueses sostuvieron la lucha, asediando en 1385 los primeros a Lisboa, y viéndose obligados a levantar el cerco a causa de la brava resistencia de los sitiados; acometiendo los segundos a sus contrarios y

derrotándolos en la memorable batalla de Aljubarrota, que tanta pesadumbre dió al rey de Castilla, y fracasando un año después el ejército anglo-lusitano delante de León y de Benavente (1).

La unión de las coronas de España y Portugal, que restablecía la unidad de la península ibérica y aumentaba el poderío del rey don Felipe, fué vista con profundo disgusto en Inglaterra. No es, por tanto, de admirar que en esta nación encontrase apoyo el prior de Ocrato para sostener sus pretensiones, no bien le fué imposible volvérselo a procurar en Francia.

Los asuntos de Flandes no tomaban buen sesgo; el comendador Requesens no había adelantado más que el duque de Alba en la pacificación de las provincias, y el príncipe de Orange, aprovechándose de su muerte, se hizo nombrar generalísimo por los Estados, de modo que cuando don Juan de Austria, nombrado gobernador por don Felipe, llegó a Luxemburgo, encontró el país en armas contra su legítimo soberano. Procediendo como hábil político, el vencedor de Lepanto mandó a las tropas españolas que depusiesen las armas; ordenó poner en libertad a todos los prisioneros, aprobó la alianza de Gante, y entró en Bruselas en medio del regocijo popular. Para inspirar mayor confianza, despidió su guardia personal y recibió otra de flamencos mandada por el duque de Ariscot, y luego dirigióse a Lovaina, donde se puso en manos de los Estados. Fué acogido con grandes muestras de amor y respeto; celebráronse en su honor festines y banquete-

(1) «Grande torbellino venía sobre Castilla; en grande riesgo se hallaba: los santos sus patronos la ampararon; que fuerzas humanas ni consejo en aquella coyuntura no bastaran.» — MARIANA, Hb. XVIII, cap. X.

tes y otros regocijos, y procuró él atraerse las cabezas de la sedición con dádivas y honores, al tiempo que disponía la salida de las tropas españolas de Flandes. Pero el príncipe de Orange, a quien de Ariscot envió el edicto de paz para que lo publicase en toda Holanda, se quitó el sombrero ante el enviado del duque y le dijo sonriendo que era tan calvo de pecho como de cabeza, y se negó a hacerlo, corriendo la voz entre los descontentos de que no debían los flamencos confiar en aquel príncipe tan afable y liberal, porque estaba imbuído en las máximas de la inquisición y les preparaba una venganza terrible. Nuevamente agitóse la plebe; y pronto se arrepintió don Juan de su política suave y conciliadora, pues vió su autoridad despreciada y su misma persona en peligro, por lo cual resolvió salir furtivamente de Bruselas; mas como era espionado y vigilado estrechamente, divulgóse su proyecto, y acudió la multitud a palacio, para impedirle la salida; pero escapó él por una puerta no guardada y se dirigió aceleradamente a Malinas, de donde se trasladó a Namur. No tardaron en llegar a Francia con víveres y bastimentos las tropas españolas que peleaban contra los hugonotes, y habiendo hecho después un llamamiento a los flamencos católicos, salió a campaña contra el de Orange y sus parciales, que desconfiando de sus fuerzas, volvieron los ojos a la reina de Inglaterra en demanda de socorro. Llegó a Londres una embajada del príncipe de Orange y de los rebeldes flamencos, compuesta de Saint-Aldegonde, Nivelles, Buys, Melsen y Douza, y le ofreció a Isabel la soberanía de los Países Bajos, a cambio de su apoyo. Otorgóselos ésta, disfrazando su dolosa conducta con el pretexto de que había descubierto varios complots contra su vida, en los que don Juan y la reina de Escocia jugaban

como principales partes, pero con profundo sentido político no aceptó la corona (1).

Concertóse una alianza el 7 de Enero de 1578 entre los Estados confederados de Flandes y la Gran Bretaña, en la que se estipuló que la reina Isabel había de enviar un socorro de 5.000 infantes y 1.000 caballos, a sueldo de los flamencos, y que les daría 100.000 libras esterlinas, adelantándoles 20.000 en el acto de firmar el Tratado para el inmediato pago de las tropas. Se convino también que el general de las tropas inglesas tendría asiento en el Consejo, y

(1) «Para disculparse la reina de este hecho, le envió al instante una embajada al rey don Felipe, diciéndole que había creído debía ayudar con socorros a sus confinantes, porque no podía tolerar que fuesen oprimidos injustamente; pero que si, retirando al austriaco, pusiese en su lugar otro gobernador que tratase con más suavidad a aquella gente, pondría todos sus cuidados y diligencias en apaciguar la discordia, y componer a Flandes con su rey. Después le dió muchas quejas del austriaco, atribuyéndole que había maquinado muchas cosas contra su vida con María, reina de Escocia.»—MIÑANA, lib. VII, cap. XIV.

«Era evidente que (Isabel) no podía admitir la oferta de aquellas provincias sin aventurarse a una guerra abierta con España; y una vez admitidos los holandeses a su protección no podía luego decorosamente abandonarlos, antes por desesperada que llegase a ser su situación, sería indispensable sostenerlos aún más allá de lo que permitían sus negocios e intereses. Convencida por todas estas reflexiones, rehusó definitivamente la soberanía que la ofrecían, y respondió a los embajadores que en agradecimiento a la buena voluntad que le mostraban el príncipe de Orange y los Estados, haría todos los esfuerzos para conseguirles un acomodamiento con las mejores condiciones que le fuese posible.»—HUME, tomo II, cap. XVII.

«Rehusó la reina Isabel admitir el principado de Flandes que le ofrecían los embajadores, porque aquella mujer astuta y prudente procuraba más bien conservar los dominios que poseía que adquirir otros nuevos.»—MIÑANA, lib. IX, capítulo III.

nada se haría sin su aprobación; y que no podrían las provincias contraer alianzas sin el consentimiento de Inglaterra. En prenda de la observancia de este Tratado, los holandeses entregaron Flesinga, la fortaleza de Ramekens y Brill, que recibieron guarniciones inglesas. No se desconcertó por ello don Juan, y aunque los aliados recibieron refuerzos de los protestantes de Alemania a las órdenes del príncipe Casimiro, alcanzó una brillante victoria en Glemblours. En esto murió don Juan, dicese que envenenado, y sus enemigos atribuyeron el supuesto crimen a don Felipe, de quien se decía que estaba celoso de la fortuna y de las excelsas dotes de este príncipe. Sucedióle Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, quien continuó con éxito cada vez más brillante la campaña, que condujo con acierto admirable, empleando en reducir a los flamencos, ora la fina diplomacia, ora su invencible espada.

Resuelto don Felipe a pagarle en la misma moneda a la reina Isabel, disimuló su enojo; pero envió a Irlanda, que se había sublevado contra la dominación inglesa, un cuerpo de 700 españoles e italianos al mando del general San José (1). La expedición fracasó por la diligencia que puso Inglaterra en dominar a los rebeldes. San José se hizo fuerte en un castillo del Kerry, donde lo sitiaron el conde de Ormond y lord Gray, y tuvo que rendirse a discreción. No sabiendo qué hacer con tantos prisioneros, Gray hizo pasar a cuchillo a españoles e italianos y mandó asimismo ahorcar 1.500 irlandeses. Hume asegura que esta crueldad apesará mucho a Isabel. Es posible que esta feroz princesa lo fingie-

(1) Aquí se podría encontrar un curioso antecedente de la rebelión de Irlanda en la presente guerra, y de la desgraciada aventura de sir Roger Casement.

se así, como lamentó la ejecución de su prima María Estuardo después de haberla ordenado, se disculpó con el rey Jacobo, hijo de la víctima, y vistió luto por ella, haciéndola magnificas exequias; pero no ahorcó a Gray, autor del asesinato de los vencidos, ni a Davison, que llevó a la cancillería la orden de ajusticiar a la infeliz reina de Escocia.

Mientras tanto, las colonias españolas de América eran teatro de las depredaciones de los piratas, señalándose entre éstos por sus hazañas, manchadas siempre por actos de latrocinio y crueldad, Francisco Drake, Gualterio Raleigh y Ricardo Hawkins. Estos piratas procedían siempre por cuenta de la reina Isabel y del comercio de Londres, que contribuían con grandes sumas al armamento de las expediciones y tenían su parte en el botín (1).

El más célebre de todos, Francisco Drake, nació de padres oscuros en el Devonshire, y adquirió grandes riquezas despojando a los españoles en Panamá y en el mar del Sur. Drake era un valiente y osado marino, muy versado en la ciencia náutica, y habría sido un grande hombre si no hubiera manchado su vida con actos de rapiña y salvajismo. Fué el primero que, después de Magallanes, dió la vuelta al mundo, y este acto le valió la admiración de sus compatriotas, para quienes siempre ha sido un héroe. La reina Isabel, que había autorizado su expedición pirática a los mares del Sur, en vez de cas-

(1) «Sir Cristobal Hatton, que era entonces vicegentilhombre y favorito de la reina, obtuvo para Drake el consentimiento y aprobación de su majestad, y salió de Plymouth el año 1577 con cuatro navíos y una carabela, a cuyo bordo iban 164 marineros veteranos.» HUME, t. II, cap. XVIII. «La reina, admirada de su valor, y seducida con la idea de compartir el botín, no quiso sacrificar aquel valiente, y antes bien, lo nombró caballero...» (Id.)

tigarlo, como le aconsejaban sus ministros, temerosos del poder de España, lo visitó a bordo de la nave en que había realizado aquel viaje, lo felicitó por sus hazañas, lo armó caballero y lo elevó a la categoría de almirante. Cuando el embajador español se quejó de sus piraterías, se le dijo que «supuesto que los españoles se arrogaban el derecho de dominar en todo el Nuevo Mundo, con exclusión de las naciones de Europa, prohibiéndoles que llevasen a aquellos mares sus buques, ni aun para hacer el comercio legítimo, era natural que ellas buscasen el modo de proporcionárselo por medios violentos» (1).

Drake y Hawkins con veintiséis navíos intentaron un golpe contra las islas Canarias; pero el gobernador Figueroa les impidió saltar a tierra. Puestas las proas hacia el Nuevo Mundo, se presentaron ante San Juan de Puerto Rico; pero ya el gobernador estaba prevenido, y en el combate que se empeñó, una bala de cañón mató a Hawkins y perecieron como setecientos ingleses. Drake se dirigió entonces contra Panamá, mas no pudo tomar esta plaza, y en venganza del descalabro incendió el pueblo de Nombre de Dios. Murió este corsario en Portobelo, en 1596, a causa de una peste que se declaró a bordo de sus naves, y su cuerpo fué arrojado al mar. De toda la armada sólo regresaron ocho navíos a Inglaterra.

Raleigh arribó a la isla de Trinidad; mató en un convite a varios españoles—felonía muy frecuente en aquella época—, y se llevó al gobernador cargado de cadenas; incendió luego San Sebastián de los Reyes y cometió otras depredaciones. Este mismo Raleigh fué el que descubrió una tierra al nor-

(1) HUME, t. II, cap. XVIII.

te de la Florida, y le puso el nombre de *Virginia* en honor de su soberana.

Para castigar los excesos de los piratas y defender los lejanos establecimientos del Nuevo Mundo, el rey don Felipe mantuvo siempre una o dos escuadras en aguas de América, mandó construir las inmensas murallas de Cartagena y Santa Marta, e hizo edificar fortalezas a la entrada de los puertos y bahías que por su posición estratégica o por su importancia comercial demandaban este cuidado; hizo asimismo acompañar los galeones que se dirigían a España cargados con el oro de las Indias por navíos de guerra, y tomó, en suma, todas las medidas aconsejables para alejar aquel azote. Sin embargo, era difícil defender dominios tan dilatados, y ni aun las costas de la Península se vieron libres de los piratas, que asaltaron a Cádiz y a Vigo y varias veces se presentaron en la boca del Tajo. Los corsarios saqueaban, incendiaban y materialmente arrasaban los establecimientos de los españoles en América, haciendo difícil y aborrecible la vida en las colonias, cuya creciente prosperidad les atraía con el incentivo del botín, e inútiles eran cuantos esfuerzos se hacían para limpiar de ellos los mares, pues el gobierno y el comercio de Londres los armaban y favorecían para beneficiarse con las presas. En una palabra, Inglaterra se había convertido en una madriguera de piratas, y si se quería acabar con todos los males que afligían a la Monarquía, era necesario intentar un golpe audaz e invadir las Islas Británicas, derrocar a Isabel y establecer en Londres un gobierno amigo. Este magno proyecto arraigó en el cerebro de Felipe II, quien devorando en silencio tantos agravios, se preparó para llevarlo a cabo. En todos los arsenales marítimos de España, Italia y Portugal se trabajó febrilmente en

la construcción de navíos; miles de operarios fabricaban jarcias, velas, obenques y baupreses, retorcián cuerdas y calafateaban galeras y pinazas; amontonábanse en los depósitos militares armaduras, espadas, lanzas, mosquetes y arcabuces, y se fundían cañones y morteros a par que se almacenaban víveres y pertrechos en abundancia. Lisboa era el centro de aquella inmensa actividad, y centenares de navíos, unos ya armados y otros a los que les faltaban aún las jarcias y las velas, se mecían en la boca del Tajo, que después de besar los pies de la imperial Toledo venía a rendir el tributo de toda España a la reina del Atlántico, tendiendo a sus plantas, a manera de alfombra, su anchurosa ría. Debía mandar la armada, que recibió el nombre de *Invencible*, el famoso marqués de Santa Cruz, el primer almirante de España y quizás el nauta más experto de Europa. La armada, después de cruzar el canal de la Mancha debía detenerse entre Calais y Douvres y recibir a bordo al príncipe de Parma con el ejército de Flandes, quien tenía instrucciones de encaminarse a Londres por el río Támesis.

Grande era el pánico que reinaba en Londres, adonde llegaban abultadas las noticias de estos formidables preparativos. Reunió apresuradamente Isabel las milicias que pudo haber a mano, reconcentró su flota en el canal de la Mancha, pidió auxilio a los holandeses, que le enviaron veinte navíos muy bien equipados, concertó una alianza con Jacobo, rey de Escocia, solicitó la protección del rey de Dinamarca, quien a instancias suyas apresó una flota que don Felipe había hecho comprar en los puertos daneses; envió embajadores a las ciudades anseáticas para que retrasaran el armamento de unas naves españolas que se les había encargado; llamó en su ayuda a los luteranos de Alemania, represen-

tándoles el grave peligro que corría la religión reformada, y fortificó todos los puntos por donde el enemigo podía efectuar un desembarco. Apostóse un ejército de 20.000 hombres cubriendo las costas meridionales del reino; otro de 23.000 hombres al mando del conde de Leicester se situó en Tilbury, para defender la capital, y el principal ejército, al mando de lord Hunsdon, que ascendía a 34.000 infantes y 2.000 caballos, permaneció acampado en los alrededores de Londres con orden de acudir al punto en que se asomase el enemigo. Tomadas estas providencias, presentóse Isabel a caballo en el campamento de Tilbury y recorrió las filas, excitando el valor de sus soldados y manifestándoles que ella, aunque débil mujer, los conduciría al combate, en defensa de la patria y de la religión.

«La suerte de Inglaterra iba a depender de una batalla —dice Hume— y por eso todos los hombres de alguna penetración se estremecían considerando la superioridad que debían tener 50.000 españoles, todos soldados veteranos, dirigidos por oficiales de consumado mérito, y mandados por el duque de Parma, el primer general de su siglo.»

A principios de Mayo de 1588 estuvo aparejada la escuadra española; pero cuando se disponía a darse a la vela, con viento próspero, falleció el marqués de Santa Cruz, que debía mandarla, por cuya causa se defirió la partida, nombrando el rey en su reposición al duque de Medina Sidonia, cabeza de una de las casas más ilustres de España; pero que no tenía ni los conocimientos ni las dotes necesarias para tan importante empresa, por lo cual se le asignó como teniente a don Martín Recalde, hombre muy entendido en la ciencia náutica.

Salió al fin la armada de Lisboa el 29 de Mayo, ya muy adelantada la estación, llevando a bordo

28.293 hombres de tropa y muchos nobles y voluntarios, y desde que se dió a la vela principió a correr con desgracia, pues al día siguiente la saltó una tempestad deshecha a la altura de Finisterre, que maltrató y dispersó las naves, y aunque pocas se perdieron, el resto sufrió tales averías, que fué necesario detenerse en la Coruña para repararlas. Apaciguado el mar y reparadas las naves, salió de nuevo la armada, y llegó por fin a la vista de Inglaterra. Era, al decir de los antiguos historiadores, espectáculo imponente el que ofrecían aquellos ciento treinta poderosos navíos, acompañados de veinte carabelas y diez fustas de seis remos cada una. A la altura de Plymouth aconsejaron a Medina Sidonia sus tenientes que entrase en el puerto y se apoderara de una armada inglesa que estaba allí fondeada; pero el duque no quiso apartarse un punto de las instrucciones que llevaba, despreció este consejo intrépido que hubiera asegurado el éxito de su empresa, y dió tiempo a Effingham para salvar la comprometida escuadra del conde de Howard, en que iba como teniente Francisco Drake, la que se hizo al fin a la mar en pos de la armada española. Continuó la *Invencible* internándose en el canal, y los navíos ingleses, más pequeños y hechos para navegar en aquellas aguas, principiaron a hostilizarla, apoderándose de cuantas galeras se rezagaban y rehuendo una acción general. Al día siguiente intentó Medina Sidonia apoderarse de la isla de Wight; pero se lo estorbó otra escuadra que salió de Londres. Los buques ingleses durante todo ese día perseveraron en su táctica de no empeñar acciones generales, atacando de lejos con su artillería y atrayendo a los pesados barcos españoles a los parajes de poco fondo, donde los rodeaban fácilmente y los acometían, abrumándolos con infinitos tiros. Veni-

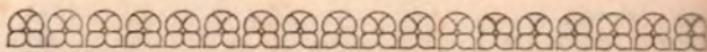
da la noche, echó anclas la armada delante de Calais, y se despacharon correos al príncipe de Parma para que juntasen las tropas que tenía prevenidas y se dispusiese a la travesía del Estrecho. Estas tropas ascendían a 20.000 infantes y más de 1.000 caballos, y la mayor parte esperaba ya embarcada en navíos de carga en Nieuport y Dunkerque, la protección de la armada para cruzar el canal. Mas el príncipe de Parma midió de una ojeada la dificultad de la empresa; la *Invencible* había llegado a Calais muy maltratada por el enemigo y por el mar, y no podía aproximarse más por temor a los bajos y rompientes que abundaban en esta costa; varias armadas inglesas y una holandesa, a las órdenes de Howard, Oxford, Northumberland y otros nobles, a quienes acompañaban en calidad de tenientes Drake, Hawkins, Fleming y otros célebres corsarios, cruzaban delante de Calais, sumando en conjunto más de ciento cincuenta naves; y los barcos de que él, el de Parma, disponía para el transporte de las tropas, eran todas de carga, careciendo, por tanto, de artillería gruesa para rechazar un ataque. Levantóse en esto una tempestad, aumentando la confusión de la noche la industria de los ingleses que arrojaron ocho brulotes inflamados en medio de los navíos españoles ya dispersos y rotos por la tormenta. Al día siguiente atacaron de nuevo los ingleses y se empeñó una terrible batalla, mezclándose el estruendo de la artillería con el fragor horrisono de la tempestad. «Pero era mucho más cruel —refiere el historiador Miñana— la guerra que hacía el mismo mar, que la de los navíos entre sí; y no es posible ponderar el horror que causaba el ver a un mismo tiempo combatir las olas, los vientos, los hombres y las naves.» Cesaron a un tiempo la lucha y la tormenta, y aunque los daños sufridos no eran mayores

que los del enemigo, dispuso el duque de Medina Sidonia el regreso a España, dando por fracasada aquella empresa ante la imposibilidad de poder transportar a Inglaterra el ejército de Flandes; y para no correr otra vez el peligro de las tempestades en aquel canal de aguas tan agitadas por vientos contrarios, ordenó poner las proas al septentrión para dar vuelta a las islas; siguióle largo trecho la escuadra inglesa, sin atreverse a embestir a las quebrantadas naves españolas; sobrevinieron borrascas espantosas, y así superó la Escocia, las Orcadas y la Irlanda, donde perdió diez navíos que se estrellaron contra unas rocas, y al fin, después de vencer mil peligros y sufrir mil miserias, aquellos desventurados nautas vieron las costas y el cielo riente y sereno de España.

Así terminó aquella memorable expedición, que mantuvo durante tres años suspensa y temerosa a Europa.

Felipe II recibió con entereza admirable la noticia de la rota de la *Invencible*, y dícese que no mudó ni el semblante ni la voz, y que sólo contestó: «Yo no envié la armada a luchar contra las tempestades, sino contra los ingleses.» Dió gracias al cielo de que el daño no hubiese sido mayor; libró 50.000 ducados para aliviar las miserias de los enfermos y los heridos, y prohibió por un edicto que se vistiera luto por aquella calamidad.

El sol de Inglaterra se alzaba brillante y majestuoso por sobre las encrespadas olas del Atlántico, mientras que el sol de España, que había resplandecido durante más de un siglo sobre los estandartes de Castilla y Aragón y que detuvo su curso en Pavía, San Quintín y Lepanto para alumbrar la victoria de sus armas, principiaba a ocultarse detrás de El Escorial.



III

Decadencia de España.

Liga de las potencias contra España.—Ataques a La Coruña y Lisboa.—Saqueo de Cádiz.—Paz de Verbins.—Ruina del comercio español.—Muerte de Felipe II.—Felipe III.—Sitia a Nieuport Mauricio de Nassau.—Batalla de las Dunas.—Asedio de Ostende.—Muerte de la reina Isabel.—Paz con Inglaterra.—Prosigue la guerra en Holanda.—Combate naval de Gibraltar.—El sol se pone en Flandes.—Luchas contra los corsarios.—Espínola se apodera de Oppenheim.—Felipe IV.—Batalla de Norlinga.—Insurrecciones de Cataluña y de Portugal.—Batallas de Estremoz y Villaviciosa.—Luis XIV invade Flandes y el Franco Condado.—Paz de Aquisgrán.—Guerra de Holanda.—Sitio de Besançon.—Pérdida del Franco Condado.—Arrogancia del rey-Sol.—Política de Francia en Marruecos.—Defensa de Gerona.—Caída de Luxemburgo.—Liga contra Luis XIV.—Rendición de Barcelona.—Paz de Riswick.—Muerte del rey Carlos II *el Hechizado*.—Felipe V y la guerra de sucesión.—Cómo se perdió Gibraltar.—Tratado de Utrecht.—El cardenal Alberoni.—Sitio de Gibraltar.—Reconquista de Nápoles.—Guerra de España y Francia contra Inglaterra.—Expediciones de Vernon y Anson.—Ataque contra Panamá.—Gloriosa defensa de Cartagena de Indias.—Caída del Ministerio de Walpole.—Reinado de Fernando VI.—Carlos III.—Defensa de la Habana.—Caída de Manila.—El inciden-

te de las islas Malvinas.—Ministerio de Floridablanca.—Carlos IV.—Guerra contra la República francesa.—Campana del general Ricardos en el Rosellón.—Paz de Basilea.—Tratado de San Ildefonso.—Bonaparte y Godoy.—La abdicación de Bayona.—Guerra de independencia española.—Guerra de independencia americana.—Guerra de Africa.—*Le roi hulan*.—Guerra de Cuba.—Intervención de los Estados Unidos.—Abatimiento de España.—Causas de la decadencia.—Conclusión.

No disponiendo España de fuerzas marítimas suficientes para avasallar a Inglaterra y sus aliados, quedaron expuestos sus extensos dominios y la misma Península a los ataques de sus enemigos, vueltos ya de su tremendo pánico y orgullosos de una victoria que debían más a la furia de los elementos que a su valor y pericia. Concertóse una alianza entre los Estados confederados, la reina de Inglaterra y el rey Enrique de Francia, para arrojar a los españoles de Flandes y reducir a España a sus propios confines. «El temor que iba infundiendo en toda Europa el poder de España, parecía exigir una liga general para oponerse a sus progresos», —dice Hume (1).

La Coruña y Lisboa fueron atacadas por el general Norris y Francisco Drake (año 1590). Norris sufrió una grave derrota delante de aquella plaza, y Drake no pudo forzar la boca del Tajo, que defendía don Alvaro de Bazán con una armada de diez y ocho galeras que apoyaba sus alas en las fortalezas de ambas orillas. Al retirarse el enemigo, se apoderó en Coscaes de ocho navíos cargados de trigo pertenecientes a las ciudades anseáticas (2).

(1) *Historia de Inglaterra*, tomo II, cap. XVIII.

(2) «No los persiguió el enemigo, y como hallasen los in-

Otra escuadra de ciento cincuenta galeras, al mando del conde Essex, sorprendió en 1596 a Cádiz, emporio del comercio de América, destruyó una flota que se disponía a partir para el Nuevo Mundo cargada de mercaderías y saqueó la ciudad, cometiendo toda clase de excesos y maldades y entregándola luego a las llamas (1).

Por la paz de Vervins, que se firmó el 8 de Febrero de 1598, Francia se separó de la alianza; pero Inglaterra y los Estados continuaron la guerra.

La paz de Vervins, según algunos historiadores, marca el principio de la decadencia de España; en ella Felipe II transigió por vez primera, devolviendo al francés las numerosas plazas de que se había apoderado después de la paz de Chateau-Cambre-

gleses en su retirada sesenta naves surtas en la desembocadura del Tajo, cargadas de bastimentos para avituallar otras, se apoderaron de ellas, considerándolas buena presa, aunque pertenecían a las ciudades anseáticas, que eran neutrales.» — HUME, tomo II, cap. XIX.

(1) «Por todas partes no se veía ni oía otra cosa que llantos, suspiros, pavor y desolación, como sucede en una ciudad tomada por asalto. El duque de Medina Sidonia juntó aceleradamente la caballería que pudo, ocupó el puente que une la isla a la tierra firme, y rechazó al enemigo con grande esfuerzo, mandando prender fuego a los navíos que habían quedado. Las iglesias fueron incendiadas y maltratadas por los ingleses, y así éstos como los holandeses se valieron del fuego para destruir la ciudad. Hay autor que afirma que el daño que hicieron se reguló en doscientos millones. Después que embarcaron la presa en los navíos, y no creyéndose seguros si se detenían allí por más tiempo, levantaron anclas y se hicieron a la vela para continuar sus estragos en las costas de Portugal, y habiendo llegado a Faro, pueblo célebre por su puerto, lo saquearon inmediatamente. Lleváronse a Inglaterra los principales habitantes, así eclesiásticos como seculares, en lugar de rehenes, y hasta que les entregasen el dinero que les habían pedido, y luego que recibieron la suma de 120.000 pesos, los pusieron en libertad.» — MIÑANA, lib. X, cap. XIX.

sis a cambio del Charolais; pero el rey estaba cansado de aquella larga y estéril lucha, y deseaba tener las manos libres para combatir a Isabel y a los flamencos.

Las rentas de la Corona disminuían a medida que aumentaban las necesidades de la guerra; los piratas estorbaban el comercio de España con sus colonias, y las armadas enemigas asaltaban a las flotas que volvían con el oro de las Indias. Los comerciantes de la Península se arruinaban y el tráfico mercantil huía de Cádiz, Lisboa, Vigo y Barcelona para llenar las bodegas e hinchar las velas de Amsterdam, Hamburgo, Bremen y Londres. Millares de obreros emigraron a América y a otros países de Europa. El Escalda, el Támesis y el Elba se poblaban de navíos, y sus orillas resonaban con los infinitos ruidos de la industria, mientras la bahía gaditana, la boca del Tajo y los puertos todos de España, enmudecían, abandonados por las golondrinas del comercio. ¿De qué valían los repetidos triunfos de don Alvaro de Bazán en los mares y las proezas del príncipe de Parma y del archiduque Alberto en Flandes, si los corsarios infestaban las costas de América, destruían las ciudades recién fundadas y capturaban los galeones, pasando de este modo el oro de los incas y de los aztecas, las riquezas inmensas del Potosí, la plata de Durango y los brillantes y las especies del Brasil a manos de la insaciable soberana de Inglaterra? (1). Para colmo de males, murió el rey don Felipe el 13 de Septiembre de 1598, y como su espíritu era el sostén de aquella dilatada monarquía, al descender su féretro al panteón del

(1) Un millón de ducados le valió a la reina Isabel la presa de una sola carraca de que se apoderaron los ingleses en Coimbra.

Escorial, con él sepultaron la grandeza y el poderío de España.

Subió al trono su hijo don Felipe, tercero de su nombre, príncipe que no tenía la inteligencia ni las excelsas cualidades de su padre; rodeóse de favoritos como el duque de Lerma y el de Uceda, incapaces de dirigir los negocios de tan vasta monarquía, y abandonó en manos inexpertas el timón de la fortuna de España en un mar proceloso, cuando en Francia se sucedían como pilotos estadistas tan eminentes como Sully y Richelieu. «Su padre lo conocía a fondo — dice el doctor Ortiz de la Vega—, y al bajar al sepulcro tuvo el dolor de convencerse de que dejaba encomendadas las Españas a un rey nulo... Parecía que la Providencia quería probar a España con una nueva calamidad sobre las muchas que la afligían. Desde que la gloria de las expediciones lejanas había hecho emigrar anualmente la flor de la juventud, ávida de laureles y del oro de las Indias, las riquezas naturales de la Península habían sido despreciadas, abandonados los terrenos más fértiles y dadas al descuido las artes industriales. La monarquía, semejante a un árbol de tronco débil y enjuto, debía dar jugo a una copa inmensa, cuyas ramas se extendían, por una parte, a Italia y a Flandes, y por otra, a entrambas Indias. Debía robustecerse a proporción el tronco, o era necesario que, a impulsos de su propio peso, se desplomasen las ramas. Pero del tronco debilitado se iban apoderando gradualmente las manos muertas» (1).

La guerra contra holandeses e ingleses continuó con varia fortuna; pero, a pesar de que el sol de España se aproximaba a su ocaso, aún le dieron a

(1) *Espíritu de los anales de España desde 1600 hasta 1848*, por el doctor don Manuel Ortiz de la Vega.

la nación, en plena decadencia, días de gloria sus inmortales tercios de Flandes. Sitió Mauricio de Nassau a Nieuport por tierra y por mar; y aunque alcanzó la famosa victoria de las Dunas, no pudo impedir que el intrépido Velasco, rompiendo por en medio de su armada, introdujese viveres y tropas en la plaza, y se vió precisado a levantar el cerco. Este mismo año el archiduque Alberto asedió a Ostende; defendióla denodadamente por espacio de cinco meses sir Francis Vere y socorrióla los Estados por el mar; pero el valeroso y afortunado Espínola efectuó felices cruceros delante de las costas de Flandes, y ayudado por los corsarios de Dunkerque interceptó ordinariamente estos socorros, y al cabo de tres años de sitio, gallardamente sostenido por el enemigo, se rindió Ostende a la bravura y a la constancia españolas. Es fama que este sitio costó la vida de 100.000 hombres, ingleses, alemanes, holandeses, italianos, flamencos y españoles. Estas victorias, sin embargo, debilitaban a España, desangrándola de tal modo, que el año de mayor lustre de sus armas su tesoro estaba exhausto y los comerciantes de Cádiz se negaron a adelantar dinero al monarca, sabedores de que una borrasca había sumergido completamente a la flota que debía venir de América.

En 1603 murió la reina Isabel, soberana que echó los cimientos de la grandeza marítima de Inglaterra y minó la base del poderío de España. Succedióla en el trono Jacobo, rey de Escocia, y la corte de España aprovechó esta circunstancia feliz para hacer las paces con su temible rival. Hicieron-se, en efecto; pero ya la monarquía estaba herida de muerte. Aumentaba el poderío marítimo de los holandeses y cada día alejábese la posibilidad de reducirlos por las armas. Una armada holandesa y

una española se encontraron en aguas de Gibraltar, y aunque la pelea fué muy reñida y murió el almirante enemigo, la armada española quedó casi destruada. Temióse en Madrid que en lo sucesivo no pudiesen llegar los convoyes de América cargados de plata, y la Corte amedrentada reconoció la independencia de las provincias unidas e hizo proposiciones de paz a los Estados. El 9 de Abril de 1608 se firmó la paz con Holanda en la ciudad de Amberes. La lucha había durado cuarenta años, con alternativas de reveses y grandes victorias; Inglaterra, Francia y los príncipes protestantes de Alemania se coaligaron contra la España; perecieron en estas luchas más de un millón de hombres y se arruinó la monarquía. Al abatir sus alas sobre sus estandartes gloriosos las águilas de los Austria, una inmensa melancolía llenó a España, y aunque se cerró la herida de Flandes, la señora del mundo, que vió ponerse por primera vez el sol en sus dominios, sintió los efectos de la asfixia, porque respiraba por aquella herida.

Hecha ya la paz con aquellas potencias, atendió el de Lerma a limpiar los mares de corsarios, y en esta empresa alcanzaron brillantes triunfos las armadas españolas; pero, a decir de los historiadores, aquella labor era como la de la tela de Penélope, como si alguna mano oculta deshiciese lo que con tanto trabajo se había conseguido.

Como si fuesen pocos los males que agobiaban a la monarquía, el emperador de Austria, Fernando II, corrió un gravísimo peligro, pues los bohemios sublevados le negaron la obediencia y eligieron emperador a Federico V, elector palatino, llamando en su apoyo a los protestantes de Alemania. Encendióse la guerra, a la cual no podía ser indiferente España, por su antigua alianza con el Em-

perador, y en 1620 se agravó la situación, porque, habiendo el príncipe de Transilvania invadido la Hungría, se hizo coronar rey y juntando sus fuerzas con las del conde de Thorn, cruzó el Danubio y se dirigió contra Viena. En tal extremo, pidió el Emperador auxilio a Felipe III, sacáronse 8.000 hombres de los Países Bajos, y el marqués de Espínola recibió orden de invadir con 30.000 hombres el Palatinado. Intentaron cerrarle el paso los príncipes alemanes con un ejército de 28.000 hombres que pusieron a las órdenes de Anspach; pero Espínola, merced a una hábil maniobra, se apoderó de Oppenheim y dejó burlado al general protestante. En tanto, alcanzaba Fernando en Praga una gran victoria sobre el elector palatino, y afirmaba en sus sienes la corona del Imperio. De este modo gastaba sus escasas fuerzas en suelo extranjero y por causas extrañas la empobrecida España, que recogía laureles manchados con la sangre de sus hijos.

El reinado de Felipe IV aceleró la decadencia de la nación. Este príncipe, que pasaba por un altísimo poeta entre sus cortesanos, de todo se ocupó menos de gobernar. Mientras en Europa tronaba el cañón preludiando la guerra de los treinta años, Felipe mataba sus ocios en palacio y en los sitios reales recitando poesías y organizando espléndidas fiestas en las que el oro parecía afluir a raudales de las pródigas manos del conde-duque de Olivares, primer ministro del reino, quien llenaba las doradas cornucopias en los manantiales cada vez más exhaustos de la hacienda y del crédito públicos. Aventuras amorosas, fiestas como no las superó más tarde Fouquet en Francia y cuyo recuerdo se mezcla con el de los placeres del regalado Trianón, preparaba el conde-duque para mantener al rey alejado de los negocios y gobernar a su guisa.

La guerra sorprendió al príncipe en medio de sus deleites. De nuevo corrió a torrentes la sangre en Francia, en Italia, en Flandes, en Alemania y en los mares. Todavía reverdecieron en Norlinga los laureles de Pavía, como si la victoria, a pesar de los desaciertos del conde-duque, sintiese abandonar las armas españolas; 18.000 soldados que de Milán se dirigían a Bruselas al mando del infante don Fernando, tomaron parte en el formidable choque y alcanzaron un triunfo señalado sobre los suecos, que tanta fama habían cobrado en la gran batalla de Lutzen. Los franceses vieron de nuevo las enseñas españolas en las orillas del Soma, y el pánico se enseñoreó de París. Richelieu ordenó al príncipe de Condé que abandonase el sitio de Dôle, y a toda prisa corriese a defender la capital. Pero no Condé, sino la Holanda, salvó esta vez a París. Echáronse los holandeses sobre Flandes, y temeroso el infante don Fernando, mandó a los tercios que se replegasen hacia la frontera, dando así tiempo a Richelieu de cubrir con 50.000 hombres la capital del reino. Muchas proezas ejecutaron también los marinos españoles, que forzaron los Dardanelos y el Bósforo y apresaron una armada de los corsarios turcos delante de Constantinopla; pero la política llena de errores e inconcebibles torpezas del de Lerma y el de Olivares y el fausto y prodigalidad de los monarcas no debían tardar en producir sus frutos: poderosos virreyes y gobernadores, como Osuna, desdeñaban las ordenanzas del reino y no atendían ni las disposiciones directas del monarca; disgustáronse los pueblos por los crecidos tributos que se les imponían para sostener el lujo de una corte disipada, y se quejaron amargamente del derroche que se hacía de la sangre y la riqueza de la nación en defensa de intereses ajenos; desoyó el

rey estos clamores, engañado por el soberbio conde-duque, y al fin estalló la rebelión en Cataluña y Portugal, las dos provincias más industriales y prósperas de España.

Cataluña no pudo sufrir que se la tratase como país conquistado, ella que se enorgullecía de tener las instituciones más libres y adelantadas de Europa, que había dado leyes a la mar, y cuyos príncipes, que reposaban en la cripta del inmenso monasterio de Poblet, ostentaron un día los títulos de reyes de Nápoles y Sicilia y duques de Atenas y Neopatria. Olivares profesaba a los catalanes un odio mortal; las Cortes del principado se negaron a desprenderse de la prerrogativa de fijar las contribuciones en obsequio del rey y de su ministro, declarando los diputados que si tal hicieran no serían ya ciudadanos ni hombres, sino esclavos cuyas vidas y haciendas estarían sujetas al capricho de un amo. Los gobernadores militares, deseosos de halagar al ministro, estudiaban la manera de hostilizar a los pacíficos habitantes de la tierra, obligándolos a desamparar sus hogares y ocupándolos como acémilas en la conducción de los equipos y víveres del ejército. Para colmar la medida, mandó el conde-duque que las tropas se mantuviesen a costa del principado; exaltáronse los infelices moradores, no viendo seguras ni sus personas ni sus haciendas, ni aun la honra misma de sus mujeres, en manos de la soldadesca desenfrenada y ávida de motín, y se produjeron choques que fueron como chispas de un colosal incendio. El 7 de Julio de 1640, día de la festividad del *Corpus*, estalló en Barcelona un sangriento motín en el que pereció el marqués de Santa Coloma y resultaron igualmente muertos a manos de la turba, impulsada por los *segadors*, muchas personas principales de la intimidad del virrey. A la voz

de *¡Via fora somatén!*, y a los gritos de *¡Visca la fe, y muyran els traidor y lo mal govern!*, se alzaron en masa las poblaciones y principió una lucha furiosa contra los soldados. El conde-duque, en vez de reconocer su yerro y tratar la situación con la suavidad y el tacto que requería, ordenó al marqués de Vélez que avanzase con un ejército a restablecer el orden y la justicia en Cataluña. Apercibióse el principado a la defensa; pero no contando con elementos para resistir el empuje del aguerrido y numeroso ejército real, pidió auxilio a Francia, acción reprobable que debe ser imputada al de Olivares, que, con su política torpe, vengativa y cruel, condujo a los desgraciados catalanes a tal extremo. Luis XIII estaba entonces en guerra con Felipe IV, y resolvió sacar partido de la situación. Querían los catalanes formar una República bajo la protección de Francia; pero M. Duplessis de Besançon, instruido por Richelieu, los apartó de esta idea, representándoles la imposibilidad en que se encontraba el principado de soportar los inmensos gastos de la guerra, y los indujo a ponerse bajo la obediencia y soberanía del rey de Francia, lo que se efectuó en el mes de Enero de 1641 (1). Entró en Cataluña un poderoso ejército francés a las órdenes del mariscal La Mothe, y se apoderó de casi todo el principado con la ayuda de Claris, Margarit, Dardena, Famant y otros diputados y caudillos catalanes. El ejército español, que sitiaba a Barcelona, se vió obligado a retirarse después de perder la batalla de Montjuich. Tortosa se declaró por el rey don Felipe; pero las tropas reales sufrieron un nuevo descalabro en el Rosellón. Luis XIII y Felipe IV se dirigieron a la *raya de Cataluña* para animar a sus solda-

(1) COROLEU: *Claris y son temps*.

dos. Un ejército catalán-francés al mando del mariscal de Brezé sitió a Perpignan, y el 29 de Agosto de 1643 capituló esta plaza, después de que sus defensores se alimentaron hasta de animales inmundos. Desde esta fecha no ha vuelto a poder de España. En 1645 los franceses tomaron a Rosas e infligieron una nueva derrota a los españoles en Llorens; pero fracasaron delante de Lérida, que defendió gallardamente su gobernador, Gregorio Brito. En 1647 el gran Condé atacó a su vez a Lérida, y también fué rechazado. El sentimiento público reaccionaba en el principado en favor de España, a causa de las atrocidades cometidas por los franceses contra los que voluntariamente se habían sometido a su yugo. Cuerpos volantes de catalanes favorecían los movimientos de los ejércitos españoles, y gran parte del pueblo había vuelto a la obediencia de su soberano. El 11 de Octubre de 1652, después de una lucha de doce años, se rindió Barcelona al ejército español que mandaba don Juan de Austria. La guerra contra los franceses continuó hasta el año 1658, en que el general Mortara les ganó la gran batalla de Camprodón. El 22 de Mayo de 1659 se publicó la suspensión de armas, y el 17 de Noviembre del mismo año se firmó la paz en la isla de los Faisanes, sita en medio del Bidasoa, siendo comisionados por parte de España don Luis de Haro, y por Francia, el cardenal Mazarino. Por este Tratado fijáronse definitivamente los Pirineos como la línea divisoria de Francia y España; perdiéronse el Rosellón y Conflent, y medio millón de catalanes quedaron separados de la madre Patria (1).

(1) «El antiguo territorio del Principado y los condados, que por ley inviolable, por tradición de muchos siglos y por voluntad constante expresada con hechos heroicos, constituía

Reconquistada Cataluña y hecha la paz con Francia, moviéronse los ejércitos reales contra Portugal, que aprovechando las revueltas de España, se había declarado independiente. En vano espantada la Regente ofreció pagar un tributo anual de un millón al gobierno de Madrid, y luego prometió entregarle el reino contentándose con la soberanía de los Algarbes y del Brasil; rechazó el conde-duque con arrogancia estas proposiciones, e intimó una sumisión absoluta. Entonces, trocándose el temor en ira y la flaqueza en indignación, el pueblo portugués corrió a las armas.

Aquí asoma nuevamente la doblez del gobierno británico con su política tortuosa, cubierta siempre con la máscara de la amistad. Era evidente que Portugal, sin el apoyo de una potencia, sucumbiría en breve tiempo ante los aguerridos ejércitos de don Juan de Austria y del duque de Osuna. Inglaterra, que siempre había apoyado al reino lusitano en sus luchas contra Castilla y el predominio español, y que persistía en su política de debilitar a España suscitándole enemigos en la misma península, no vaciló en socorrerlo, no de una manera abierta, porque estaba en paz con esta potencia, sino al soslayo, permitiéndole a la Regente que hiciese una leva en las Islas Británicas de 10.000 infantes y 2.500 caballos, y fué nombrado caudillo de estas

una sola nacionalidad, fué partido en dos trozos, por los que erróneamente se llamaron Pirineos, siendo así que las montañas que por tales se tomaron... no son los Pirineos propiamente dichos, sino una cordillera tan catalana en una de sus vertientes como en la otra. La tradicional ambición de Francia, claramente manifestada desde el siglo xv, quedaba satisfecha; y España, que con tanto ardor había luchado para reconquistar todo el territorio catalán, consentía ahora en la usurpación.» — ANTONIO AULESTIA Y PIJOAN: *Historia de Catalunya*, tomo II, pág. 379, ed. de 1889.

fuerzas axiliares el famoso Schomberg. Don Juan de Austria fué completamente batido en Estremoz, donde perdió casi todo su ejército y dejó en manos de los anglo-portugueses un botín inmenso. La batalla de Beira, ganada por el duque de Osuna contra doble número de portugueses, fué una débil compensación del desastre de Estremoz. Prosiguiendo en sus éxitos, sitió el de Osuna a Castel Rodrigo; pero Magalhaes acudió en auxilio de la ciudad, acometió con tanto esfuerzo y fortuna a los sitiadores, que rompió sus líneas y los puso en derrota, quitándoles el bagaje y la artillería. Tan continuados desastres afligían el ánimo del rey, que daba toda la culpa a don Juan de Austria. La reina y su confesor el padre Nithard, enemigos de aquel capitán, privábanlo de refuerzos y le escatimaban los recursos. Indignado don Juan, dejó el mando y se retiró a Consuegra; el duque de Osuna fué también separado del ejército, y se nombró para sustituirle al marqués de Carazena. El 22 de Mayo de 1665, el ejército español, fuerte de 21.500 hombres y con catorce cañones y dos morteros, se puso en marcha contra Villaviciosa. El ejército lusitano, a las órdenes del general Marialva, acudió a rechazar al invasor, y el 17 de Junio se libró la batalla que decidió de la independendia de Portugal. Cuatro mil españoles cayeron en el campo, y otros tantos fueron hechos prisioneros, perdiéndose también muchos estandartes, el bagaje y toda la artillería. «Hágase la voluntad de Dios!» —exclamó don Felipe al saber tan infausta nueva— y cayó sin sentido. Su organismo, ya muy minado por tantas calamidades, no resistió este golpe. El 12 de Septiembre le sobrecogió una enfermedad que lo llevó al sepulcro, y pocos días después, mientras en Lisboa aún repicaban alegremente las campanas celebrando el triunfo de

Villaviciosa, las campanas del Monasterio del Escorial doblaban lúgubrementes mientras descendía a la cripta regia el cadáver de un nieto de Carlos V.

Quedaba el reino destrozado, dividido y sumido en la mayor miseria, en manos de un niño y de una mujer. En estas guerras habían sido deshechos por primera vez los famosos tercios que tenían fama de ser la mejor infantería de Europa. Sin marina, sin agricultura, sin industria y sin comercio, el país se hundía bajo el peso de una deuda enorme, como un barco sin velas, sin jarcias, sin palos y sin timón, combatido por un mar proceloso.

Luis XIV de Francia, llamado por sus aduladores el *Rey-Sol*, clavó sus ojos codiciosos en la España, y viéndola en tal decaimiento y desamparo, preparó un ejército de 80.000 hombres, y so pretexto de que no le había pagado la dote de su mujer, se arrojó sobre Flandes y el Franco Condado; apoderóse de Charleroi, Verges, Furnes, Ath, Armentières, el fuerte de San Francisco, Douai, Fournai, Courtrai, Ourdenarde y Alost, plazas que encontró desprevenidas por el abandono del gobierno de Madrid. Lila cayó también, después de una valerosa defensa de su gobernador Croy. Apresuróse la reina gobernadora a firmar la paz con Portugal para reconcentrar la atención contra Francia, y por el Tratado de 13 de Febrero de 1668, reconoció la independencia de aquel reino. En tanto, otro ejército francés, al mando del príncipe de Condé, invadía el Franco Condado y se apoderaba de Besançon, Salins, Dôle y Gray en menos de cinco semanas. Alarmadas Inglaterra, Holanda y Suecia con los progresos del joven rey de Francia, interpusieron su mediación para que se hiciera la paz. Grandes eran las pretensiones de Luis; pero en vista de la amenazante actitud de las potencias, se resignó a con-

tentarse con una porción considerable de Flandes, incluso la importante ciudad de Lila, y devolvió suspirando el Franco Condado, en espera de mejor ocasión. (Paz de Aquisgrán, de 2 de Mayo de 1668.)

Encendióse de nuevo la guerra, por la ambición de Luis, que quería conquistar la Holanda. Pidió esta nación auxilio al Austria, y otorgósele la corte de Viena y, por consecuencia, la España, gobernada por una princesa austriaca fiel a los mandatos del Emperador, se vió envuelta en el conflicto. Por medio de oro compró Luis XIV la neutralidad de Inglaterra, y por medio del oro también esta potencia concertó la paz con Holanda a principios de 1674, recibiendo de ella 300.000 libras esterlinas.

En esta guerra, en que se cubrían de gloria franceses e imperiales, sólo la Holanda peleaba por la santa causa de su independencia; la España luchaba sin saber por qué, contribuyendo con su sangre heroica y el oro de las Indias a sostener la causa del Imperio, y, en definitiva, ella fué la que a la hora de la paz sació con sus despojos la codicia del vencedor; perdióse el Franco Condado, como se habían perdido Portugal, el Rosellón y la mitad de Flandes. Gray, Vesoul y otras plazas le abrieron las puertas sin resistencia al rey de Francia; pero la bandera española no se abatió sin honor de los baluartes de Dôle y Besançon. Guarneían esta última plaza 3.000 veteranos de las guerras de Flandes y de Italia. Atacóla el célebre ingeniero Vauban, y en quince días la redujo a tal extremo, que el gobernador pidió capitulación. Exigió Luis XIV que la guarnición quedase prisionera. Indignáronse los defensores e hicieron una salida. Ninguno dió ni pidió cuartel; perecieron todos; pero su bizarría causó tal espanto y asombro al enemigo, que el resto de la guarnición, que se había hecho fuerte en la

ciudadela, obtuvo la capitulación que había pedido y salió con todas sus armas, el tambor batiente y las banderas desplegadas. Dôle también se rindió después de una gallarda defensa. En menos de un mes perdió España aquella hermosa provincia.

Besañon fué más tarde la cuna de Victor Hugo, quien principia su precioso libro de versos *Hojas de otoño*, con un recuerdo a la vieja ciudad española, a su antiguo puente y a las clásicas diligencias de sonoras campanillas, y al hablar del idioma castellano, con filial ternura declara que esa armoniosa lengua se había hecho para su labio.

Aprovechaba el rey Luis todas las calamidades que trabajaban a la desdichada España para irrla arrancando las joyas más preciosas de su corona. Trataba a la nación y a su Regente con una arrogancia desmedida; sostenía con hombres y dinero la rebelión de Sicilia; exigió y obtuvo, como consecuencia de la paz de Nimega, el condado de Chimay; por una reyerta entre ribereños del Vidasoa, amenazó con la guerra a la corte de Madrid; en 1681 envió una escuadra a Mallorca a apoderarse de la isla, en reparación del ataque que, según sus noticias, unos corsarios mallorquines habían efectuado contra unas naves francesas; instigó secretamente a los moros en 1689 y en 1693 para que asaltasen las plazas de Melilla, Ceuta, Larache y Orán(1);

(1) «Por este tiempo, nuevos esfuerzos de los moros para hacerse dueños de las fortalezas españolas en Africa sólo sirvieron para dar gloria a las guarniciones de Melilla y Larache, que los escarmentaron. En particular, los defensores de esta última plaza se hicieron dignos de recordación por haber resistido a más de 16.000 hombres con que por mar y por tierra los acometió el mismo rey de Fez, *secretamente instigado por la Francia.*» M. ORTIZ DE LA VEGA: *Espíritu de los anales de España*, 1687-1689

«En Africa, Luis XIV continuaba animando a los moros y